

ROMAIN ROLLAND

# VIDA DE TOLSTÓI

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y DEL FRANCÉS  
DE SELMA ANCIRA Y DAVID STACEY

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Vie de Tolstoï*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1978 by Éditions Albin Michel  
© de la traducción, 2010 by Selma Ancira Berny y David Stacey Ancira  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-82-2  
DEPÓSITO LEGAL: B. 43 271-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *diciembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La gran alma de Rusia, cuya llama se encendió sobre la tierra hace cien años fue, para mi generación, la luz más pura que alumbró su juventud. En el crepúsculo de pesadas sombras del agonizante siglo XIX, él fue la estrella que atrajo a nuestras almas adolescentes, las consoló y las alivió. De entre todos aquellos, y son muy numerosos en Francia, para quienes Tolstói fue mucho más que un artista amado (fue un amigo, el mejor y, para muchos, el único verdadero en todo el arte europeo), he sido yo quien ha querido aportar a ese recuerdo sagrado un tributo de reconocimiento y de amor.

Los días en los que aprendí a conocerlo no se borrarán jamás de mi recuerdo. Estábamos en 1886. Tras algunos años de germinación silenciosa, las maravillosas flores del arte ruso acababan de brotar en tierras francesas. Las traducciones de Tolstói y de Dostoievski se publicaban con un ritmo enloquecido en todas las editoriales a la vez. De 1885 a 1887 se publicaron en París *Guerra y paz*, *Anna Karénina*, *Infancia y Adolescencia*, *Polikushka*, *La muerte de Iván Ilich*, los relatos del Cáucaso y los cuentos populares. En pocos meses, en pocas semanas, descubrimos la obra de toda una larga vida, en la que se reflejaban un pueblo y un mundo nuevos.

Acababa de entrar en la École Normale. Mis compañeros y yo éramos muy distintos entre nosotros. En nuestro grupo, que reunía mentes realistas e irónicas como la del filósofo Georges Dumas, poetas apasionados por el Renacimiento italiano como Suarès, fieles seguidores de la tradición clásica, stendhalianos y wagnerianos, ateos y mís-

ticos, a menudo había discusiones, a menudo había desacuerdos; pero durante algunos meses el amor por Tolstói nos unió casi a todos. Cada uno lo amaba por una razón distinta, todos se veían reflejados en sus obras; y para todos era una revelación de la vida, una puerta que se abría al inmenso universo. Alrededor de nosotros, en nuestras familias, en nuestras provincias, la gran voz venida de los confines de Europa despertaba las mismas simpatías, a veces inesperadas. Una vez, oí a unos burgueses de mi Nivernais natal, a los que el arte no interesaba en absoluto y que no leían casi nada, hablar de *La muerte de Iván Ilich* con una intensa emoción.

He leído a eminentes críticos que sostienen la tesis de que Tolstói debe lo mejor de su pensamiento a nuestros escritores románticos: a George Sand, a Victor Hugo. Sin discutir la inverosimilitud que supone hablar de la influencia de George Sand en Tolstói, que no la aguantaba, y sin negar la influencia, mucho más real, que tuvieron en él Jean-Jacques Rousseau y Stendhal, no se puede atribuir exclusivamente a sus ideas la grandeza de Tolstói ni la intensidad de la fascinación que ejerció sobre nosotros. La paleta de ideas que emplea el arte es muy limitada. Su fuerza no reside en ellas, sino en cómo las expresa, en cómo las hace suyas, en la huella del artista, en el halo que envolvió su vida.

Tomara o no Tolstói prestadas sus ideas—eso lo veremos más adelante—, jamás una voz como la suya había resonado por toda Europa. ¿Cómo explicar si no el estremecimiento de emoción que sentíamos entonces, cuando escuchábamos esa música del alma que habíamos estado esperando durante tanto tiempo y que tanto necesitábamos? La moda no tenía nada que ver con lo que sentíamos. La mayoría de nosotros conoció, como yo, el libro de Eugène-Melchior de Vogüé, *La novela rusa*, sólo después de haber

leído a Tolstói; y la admiración que el autor francés sentía por él nos pareció tibia comparada con la nuestra. M. de Vogüé juzgaba sobre todo como literato. Pero, a nosotros, no nos bastaba con admirar la obra: la vivíamos, era nuestra. Nuestra, por su vida ardiente, por su juventud de espíritu. Nuestra, por su desencanto irónico, su implacable lucidez, su obsesión por la muerte. Nuestra, por sus sueños de amor fraternal y de paz entre los hombres. Nuestra, por su terrible acta de acusación contra las mentiras de la sociedad, y por su realismo, y por su misticismo. Por el hálito de la naturaleza, por su sensibilidad hacia las fuerzas invisibles, por el vértigo que le produce el infinito.

Sus libros fueron para nosotros lo que *Werther* para su generación: el magnífico espejo en el que se reflejan nuestras fuerzas y nuestras debilidades, nuestras esperanzas y nuestros temores. No nos preocupábamos de conciliar todas esas contradicciones ni, menos aún, de meter esa alma múltiple, caja de resonancia del universo, en estrechas categorías religiosas o políticas, como hacen aquellos que, siguiendo el ejemplo de Paul Bourget, al día siguiente de la muerte de Tolstói rebajaron al poeta homérico a sus pasiones partidistas. ¡Como si nuestros efímeros grupúsculos pudieran servir para medir a un genio! ¡Y qué me importa a mí que Tolstói sea o no de mi partido! ¿Me preocupé acaso del partido de Dante o del de Shakespeare antes de respirar su hálito y de beber su luz?

No decíamos, como esos críticos de hoy: «Hay dos Tolstói, el de antes de la crisis y el de después de la crisis; uno es el bueno, el otro no». Para nosotros, sólo hubo uno, y lo amábamos en su totalidad. Y es que sentíamos, instintivamente, que en almas como la suya todo tiene su razón de ser, todo está relacionado.

Lo que nuestro instinto percibía, sin ser capaz de explicarlo, hoy tiene que demostrarlo nuestra razón. Hoy, cuando esa larga vida, llegada a su fin, se exhibe ante la mirada de todos, sin velos, y convertida en un astro en el universo de la mente. Lo que primero nos llama la atención es hasta qué punto siguió siendo una, la misma, del principio al final, pese a los muros divisorios que, de cuando en cuando, algunos intentaron erigir. Pese incluso al propio Tolstói, que, en cuanto hombre apasionado, tendía a pensar, cuando amaba o cuando creía, que amaba o que creía por primera vez, y decretaba que ese día daba comienzo su vida. Comienzo. Nuevo comienzo. ¿Cuántas veces la misma crisis, cuántas las mismas luchas en su alma? No se debería hablar de la unidad de su pensamiento—jamás fue uno solo—, sino de la persistencia de los mismos elementos diversos, ora aliados, ora enemigos; enemigos la mayor parte de las veces. La unidad no reside en el alma o en el corazón de Tolstói, sino en el combate de las pasiones en su fuero interno, en la tragedia de su arte y de su vida.

Arte y vida están unidos. Jamás obra alguna estuvo más íntimamente ligada a la vida: tiene casi todo el tiempo un carácter autobiográfico. Desde la edad de veinticinco años nos ha permitido seguir a Tolstói, paso a paso, en las experiencias contradictorias de su carrera en pos de un ideal. El *Diario*, que comenzó antes de los veinte años y que continuó hasta su muerte,<sup>1</sup> así como las notas que le proporció-

<sup>1</sup> Con excepción de algunas interrupciones, sobre todo una, bastante larga, entre 1865 y 1878.

nó al Sr. Biriukov,<sup>2</sup> completan este conocimiento y permiten no sólo leer casi día a día en la mente de Tolstói, sino también revivir el mundo en el que su genio se arraigó y las almas de las que su alma se nutrió.

Una rica herencia. Una doble raza (los Tolstói y los Volkonski), muy noble y muy antigua, que presumía de remontarse hasta los tiempos de Rurik y tenía en sus anales a compañeros de Pedro el Grande, generales de la guerra de los Siete Años, héroes de las guerras napoleónicas, decembristas, deportados políticos. Recuerdos de familia, a los que Tolstói debe algunos de los tipos más originales de *Guerra y paz*: el viejo príncipe Bolkonsi, su abuelo materno, un representante de la aristocracia volteriana y despótica de los tiempos de Catalina II, anclado en su época; el príncipe Nikolái Grigórievich Volkonski, un primo hermano de su madre, herido en Austerlitz y recogido en el campo de batalla bajo la mirada de Napoleón, inspiró el personaje del príncipe Andréi; su padre, que tenía algunos rasgos de Nikolái Rostov;<sup>3</sup> su madre, la princesa Marie, la dulce fea de bellos ojos cuya bondad ilumina *Guerra y paz*.

Apenas conoció a sus padres. Como se sabe, los deliciosos relatos de *Infancia* y de *Adolescencia* tienen poco de real. Su madre murió cuando él no había cumplido todavía

<sup>2</sup> Para su notable biografía de Lev Tolstói, *Léon Tolstoï: Vie et Œuvre, Mémoires, Souvenirs, Lettres, Extraits du Journal intime, Notes et Documents biographiques*, reunidos, coordinados y anotados por P. Biriukov, revisados por Lev Tolstói, traducidos a partir del manuscrito por J. W. Bienstock, 4 volúmenes, edición de *Mercure de France*.

Es la más importante selección de documentos sobre la vida y la obra de Tolstói. He sacado gran cantidad de información de ella.

<sup>3</sup> También participó en las campañas contra Napoleón y estuvo preso en Francia durante los años 1814-1815.

los dos años. Así pues, era imposible que se acordara del amado rostro que el pequeño Nikolái Irténiev evoca a través de un velo de lágrimas, de ese rostro de luminosa sonrisa que irradiaba felicidad...

Si en los momentos difíciles de la vida, aunque fuese de un modo fugaz, hubiera podido ver esta sonrisa, no sabría lo que es el dolor...<sup>4</sup>

Pero fue probablemente de ella de quien heredó su perfecta sinceridad, su indiferencia por la opinión de los demás y su maravilloso don para contar historias que inventaba.

De su padre pudo al menos conservar algunos recuerdos. Era un hombre amable y burlón, de ojos tristes, que llevaba en sus tierras una existencia independiente y desprovista de ambición. Tolstói tenía nueve años cuando él murió. Su desaparición lo hizo descubrir «la amarga verdad y llenó su alma de desesperanza». Éste fue el primer encuentro del niño con el espectro del terror. Dedicaría una parte de su vida a combatirlo y otra a celebrarlo, transfigurándolo... Algunos trazos inolvidables de los últimos capítulos de *Infancia*, en los que adaptó los recuerdos para formar el relato de la muerte y del entierro de la madre, llevan grabada la huella de esa angustia.

Quedaron cinco niños en la vieja casa de Yásnaia Poliana<sup>5</sup> en la que Lev Nikoláievich nació el 28 de agosto de

<sup>4</sup> *Infancia*, II.

<sup>5</sup> Yásnaia Poliana, que significa 'El calvero claro', es un pueblecito al sur de Moscú, a unas cuantas leguas de Tula, «en una de las provincias más intrínsecamente rusas. Las dos grandes regiones de Rusia—dice A. Leroy-Beaulieu—, la región de los bosques y la de las tierras de cultivo, se tocan y se mezclan allí. En los alrededores no hay ni fineses, ni tártaros, ni polacos, ni judíos, ni ucranianos. Esta región de Tula está en



1828, y que no abandonaría más que para morir, ochenta y dos años más tarde. La más pequeña, una niña, María, que más tarde se haría monja (Tolstói buscó refugio a su lado, pocos días antes de morir, cuando huyó de su casa y de los suyos), y cuatro hijos: Serguéi, egoísta y encantador, «franco hasta un punto que nunca he observado en nadie más»; Dmitri, apasionado, retraído, que más tarde, durante sus años de estudiante, se dedicaría con ardor a las prácticas religiosas sin importarle el qué dirán. Ayunaría, buscaría a los pobres, daría cobijo a los inválidos y luego, de repente, se entregaría, con esa misma intensidad, a una vida de desenfreno. Luego, devorado por los remordimientos, pagaría por la libertad de una chica a la que conoció en un prostíbulo y a la que se llevó a vivir con él; murió de tisis a los veintinueve años;<sup>6</sup> Nikolái, el mayor, el más querido, que también había heredado de su madre la imaginación para contar historias,<sup>7</sup> irónico, tímido y delicado, más adelante oficial en el Cáucaso, donde se volvió alcohólico, también él, lleno de ternura cristiana, vivió en chabolas compartiendo con los pobres todo lo que poseía. Turguéniev decía que Nikolái «ponía en práctica esa humildad frente a la vida que su hermano Lev se contentaba con desarrollar teóricamente».

Junto a los huérfanos, dos mujeres de gran corazón: la tía Tatiana,<sup>8</sup> que tenía, cuenta Tolstói, «dos virtudes: la tran-

---

el corazón mismo de Rusia» (A. Leroy-Beaulieu: «Léon Tolstoï», *Revue des deux mondes*, 15 de diciembre de 1910).

<sup>6</sup> Tolstói lo retrató en *Anna Karénina*, dándole los rasgos del hermano de Levin.

<sup>7</sup> Escribió *El diario de un cazador*.

<sup>8</sup> En realidad, tenía un lejano parentesco. Había estado enamorada del padre de Tolstói, que, a su vez, también la había querido; pero, como Sonia en *Guerra y paz*, prefirió apartarse.

quilidad y el amor». Su vida, toda, era amor. Hacía todo por los demás...

[...] ella me enseñó el placer espiritual del amor.

La otra, la tía Alexandra, que siempre estaba al servicio de los demás, y evitaba ser servida, no quería criados y tenía por ocupaciones favoritas la lectura de las vidas de los santos y las charlas con los peregrinos y con los simples de espíritu. Varios de esos simples de espíritu vivían en la casa. Entre ellos, una vieja peregrina que recitaba salmos fue la madrina de la hermana de Tolstói. Otro, Grisha, sólo sabía rezar y llorar...

¡Oh, gran cristiano Grisha! Tu fe era tan fuerte, que sentías la cercanía de Dios; tu amor era tan grande, que las palabras mismas se derramaban de tus labios, no las verificabas con la razón... ¡Y qué sublime alabanza elevaste a Su grandeza cuando, no hallando palabras, cubierto de lágrimas, te dejaste caer al suelo!<sup>9</sup>

¿Cómo no ver la influencia que todas esas almas humildes tuvieron en la formación de Tolstói? Parece que en ellas se esboza y da sus primeros pasos el Tolstói del final. Sus rezos, su amor, pusieron en el alma del niño las semillas de la fe, cuyos tallos vería crecer el anciano.

Tolstói no habla, en sus relatos de *Infancia*, de esos humildes colaboradores que lo ayudaron a construir su alma, sólo lo hace del simple de espíritu Grisha. Pero, en cambio, ¡cómo se dibuja a través del libro esa alma de niño, ese «sentir infantil, limpio y amoroso, como un brillantísimo rayo», que le permitía «ver en las personas sus mejores

<sup>9</sup> *Infancia*, XII.

cualidades, de manera que todas esas personas» le parecían «extraordinariamente buenas», esa gran ternura! Feliz, piensa en el único hombre al que sabe infeliz, llora y querría hacerlo todo por él. Besa a un viejo caballo, le pide perdón por haberlo hecho sufrir. Es feliz de amar, aun si no es amado. Ya se ven las semillas de su genio futuro: su imaginación, que lo hace llorar con sus propias historias; su cabeza, siempre trabajando, que intenta pensar en lo que piensa la gente; su precoz facultad de observación y memoria;<sup>10</sup> esa mirada atenta que escruta las fisionomías, en pleno duelo, y la autenticidad de su dolor. A los cinco años sintió, dice, por primera vez, «que la vida no es un juego, sino una tarea ardua».<sup>11</sup>

Afortunadamente lo olvidaba. En aquella época, disfrutaba con los cuentos populares, con las *bylinas*<sup>12</sup> rusas, esas fantasías míticas y legendarias, con los relatos de la Biblia—sobre todo con la sublime historia de José,<sup>13</sup> que Tolstói, incluso de viejo, siguió considerando como un modelo de arte—y con los de las *Mil y una noches*, que todas las tardes, en casa de su abuela, recitaba un cuentacuentos ciego, sentado en el alféizar de la ventana.

<sup>10</sup> ¿Acaso no afirmó en unas notas autobiográficas (fechadas en 1878) que recordaba las sensaciones de cuando lo envolvían en los pañales y lo bañaban de niño en una tinaja? (Véase *Primeros Recuerdos*).

El gran poeta suizo Carl Spitteler ha recibido también ese extraordinario don que consiste en revivir las imágenes del principio de la vida. Dedicó un libro entero (*Meine frühesten Erlebnisse* [Mis tempranas vivencias]) a sus primeros años de infancia.

<sup>11</sup> *Primeros recuerdos*.

<sup>12</sup> Las *bylinas* son largos poemas épicos del folklore ruso. (*N. de los T.*).

<sup>13</sup> Génesis 42-45.